

e. haro tecglen

nombre, el de «era de la negociación», para aprovecharse de lo que parecía inevitable. Al mismo hecho le han dado los chinos el nombre peyorativo de colusión. Es un problema de óptica y de situaciones respectivas. No puede decirse que los actos y las palabras de Nixon desde el momento en que tomó posesión de la presidencia se hayan producido directamente en el sentido de la negociación general: bajo su égida se han estancado las negociaciones de paz para el Vietnam, que había tratado de iniciar Johnson, y se ha endurecido —hasta ahora— el conflicto árabe-israelí, pero sí ha habido una tendencia particular a la mejora de relaciones entre los dos países hegemónicos. En este verano se acelera todo. Se trata de saldar la historia negativa entre Alemania y la URSS, de liquidar los cincuenta años de querrelas en Palestina, de llegar a un acuerdo en la limitación de armamentos —las conversaciones SALT han terminado en Viena con euforia de fiestas y comunicados; los interlocutores están ya emplazados para continuarlas en noviembre, en Finlandia—, los movimientos de Alemania Federal se dirigen ahora velozmente hacia la Alemania Democrática, hacia Polonia, hacia Checoslovaquia. Todo es el prelude para una conferencia de seguridad europea. Y hasta el Vaticano y Yugoslavia aprovechan para liquidar velocísimamente su contencioso histórico (sobre todo en torno al personaje de Monseñor Stepinac, acusado por actos de colaboracionismo con los nazis y los «ustachis»; Pío XII le nombró cardenal primado, y Tito consideró que se trataba de una provocación deliberada, con lo cual rompió las relaciones con el Vaticano) y se habla ahora de visitas entre Tito y el Papa. Incluso las conversaciones de paz para el Vietnam parecen iniciar una nueva etapa. El nuevo embajador americano, David Bruce, parece que lleva a París fórmulas de apaciguamiento; el embajador vietnamita del norte, Xuan Thuy, que había abandonado París, va a regresar ahora y parece que está previsto que los dos diplomáticos tengan entrevistas personales al margen de las sesiones colectivas de negociación.

Si ha de haber realmente una era de negociaciones, estas carreras veraniegas no pueden considerarse aun más que como primeros pasos, como el deseo de los variados interlocutores de no perder fechas, de no quedarse atrás en la nueva configuración del mundo que creen ver venir y cuya base concreta parece ser un entendimiento global entre los Estados Unidos y la URSS. Los «pequeños», que han basado su fuerza imaginaria, su independencia ilusoria y los beneficios de sus «élites» en la era de la confrontación, no vacilan ahora en pisotear los residuos de su mística para no perderse en el camino y elaborar rápidamente una mística nueva.

No parece, sin embargo, que la violencia haya desaparecido simplemente en el verano al conjunto de las nuevas y educadas voces diplomáticas. Se habla —exageradamente— de guerra civil posible en Francia, en Italia; no la va a haber, pero la época del regreso —septiembre, octubre— va a provocar situaciones sociales que serán probablemente muy graves. La revolución es permanente en los países hispanoamericanos, y se organiza rápidamente en los países árabes: Chu En-lai va a llegar a Yemen —el centro, ahora, de los grupos anti-pacto—, probablemente para prestar ayuda a los guerrilleros palestinos. Estos se encuentran ahora abandonados por una URSS pactante, como los Tupamaros se han visto condenados también por una URSS moderada y apaciguadora; como muchos israelíes se consideran traicionados por los Estados Unidos, a los que acusan de «diktat» y de creadores de un Munich sin esperanzas; como los autócratas de Saigón ven en el lejano caso israelí lo que puede ser el suyo. La sensación de los que luchan —derecha o izquierda— es la de que el pacto veraniego es un acuerdo entre «sistemas» —derecha o izquierda— para reducirlos a un estado de servidumbre.

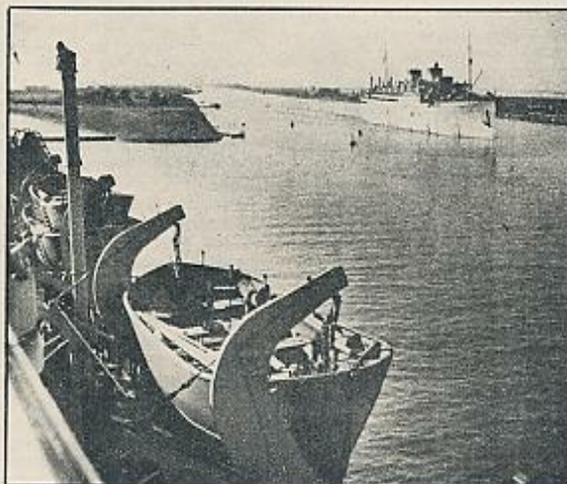
Puede no ser así. Puede ocurrir que la nueva pactocracia vaya a desarrollarse en el futuro como un beneficio para todos. Pero los que ahora comienzan a ser víctimas de la paz no lo ven claro. En los medios revolucionaristas se ve un regreso a los primeros años del siglo XIX, a las «Santas Alianzas», cuando los monarcas europeos se aliaban para cortar todas las subversiones, aun dentro de sus querrelas mutuas. Durante mucho tiempo, los revolucionaristas habían creído que ese sistema estaba roto y que disponían de algunas «patrias de la revolución». Se encuentran solos y apenas tienen doctrina, o renuncian a ella —como los Tupamaros, como El Fatah—, para encontrarla, si la encuentran, en el solo acto negativo de romper el círculo de la opresión. También, para ellos, parece que está llegando el momento del «cambio de mística». —>

ORIENTE MEDIO

Negociación y táctica

La primera denuncia de violación de la tregua en Oriente Medio es, sobre todo, una cuestión de táctica. Israel ha acusado a Egipto de estar reforzando con material soviético la línea de cohetes defensivos en la orilla del canal de Suez. Se conoce la semántica defensa/agresión: un país que aumenta su capacidad defensiva frente al enemigo rompe un supuesto equilibrio mi-

espera que la efervescencia en el mundo árabe puede plantearse de un momento a otro de una manera aguda: por la misma razón, Egipto y Jordania desearían terminar cuanto antes este asunto y presentarlo como hecho definitivo a todos los árabes. Egipto ha presionado sobre Argelia para que este país, contrario a la negociación con Israel, retire sus tropas —un contingente de dos mil soldados— de los frentes de Oriente Medio; temía que en un enfrentamiento entre los soldados regulares de los países pactantes y los guerrilleros, los soldados argelinos pudieran unirse a éstos, lo cual hubiese provocado una situación internacional grave. Argelia tampoco desea-



litar en favor suyo, y resulta así acusado de agresión. Dayan, ministro de Defensa de Israel, ha hecho la denuncia con todo énfasis, y ha añadido, además, que «el verdadero objetivo de la URSS es la destrucción de Israel». Israel entra así en las conversaciones de paz con una posición de energía y de rudeza que parece indicar cual va a ser su comportamiento en las futuras negociaciones. No parece que Washington —aferrado ahora al plan Rogers, y con una oscura disputa interna sobre si este plan se debe atribuir realmente a Rogers o si las correcciones y la viabilidad se deben más bien al equipo Kissinger de la Casa Blanca— haya prestado demasiada atención a la queja de Israel, ni incluso demasiada credulidad a su denuncia. El hecho es que las conversaciones previas continúan, aunque todavía no se haya podido dilucidar el primer tema: quiénes han de ser los interlocutores. Israel pretende que tengan por lo menos categoría de ministros, mientras que los países árabes sostienen que los embajadores en las Naciones Unidas tienen suficiente personalidad para ello. El mediador de la ONU, Jarring, parece más inclinado a la tesis de Israel. La solución de este conflicto inicial resolverá también el lugar de las negociaciones. Si los interlocutores fuesen ministros, podrían reunirse en Malta o en Chipre; si embajadores, en la sede de la ONU. Es de esperar que antes y durante las negociaciones se reptan —y por los dos bandos— acusaciones como la actual, destinadas a mantener la conversación en un estado de continuo «suspense» y a poderlas interrumpir, suspender o aplazar en un momento conveniente. En el momento actual, las tácticas dilatorias convienen a Israel:

ba esa eventualidad y ha procedido a la retirada.

LA GRAN COALICIÓN

Cuatro países unidos contra el gigante IBM

Va a estallar la guerra de los ordenadores. Estos días se está formando una gran coalición para oponerse al imperio planetario de la IBM, que controla el 69 por 100 del mercado mundial de calculadoras. La coalición la constituirán la ICL (Gran Bretaña), el mayor constructor de ordenadores de Europa; la C-2-1, que desde la americanización de la Bull agrupa a los trozos dispersos de la industria de la informática francesa; la Control Data (CDC), que es el número tres de la industria de ordenadores norteamericana, y la Philips, gigante mundial de la construcción eléctrica, cuyo presidente y director general, Frits Philips, acaba de ser recibido, según el «Sunday Times», por Pompidou, en un intento de fortalecer la alianza anglo-franco-canadiense contra la IBM.

La idea de disputar la supremacía mundial al mastodonte americano no es en ningún modo nueva. ¿No era este fin el perseguido por la General Electric americana al comprar la mayoría de las acciones de la Bull? Pero la General Electric tuvo que abandonar tras siete años de esfuerzos ininte-